

Principios Indiscutibles de un Mayordomo Dedicado

#3. ¿Quién Manda: Dios, o el Dinero?

por Gordon Botting

Tal vez usted haya leído alguna vez en el periódico local el relato de algún anciano que siempre vivió en una casa vieja y destartada. La gente de varias generaciones recordaba haberlo visto vagar por las calles, empujando un carretón oxidado, que usaba para recoger de los basureros fierros viejos, botellas de vidrio y latas de aluminio para vender. Luego un día, la gente no lo ve más y avisan a las autoridades que ha desaparecido. La policía entra a la casa y encuentra el cuerpo frío y rígido del anciano, sentado en un sillón viejo.

Venden la vieja casa, y un constructor empieza a demoler el edificio para hacer una casa nueva. El hombre se sorprende al descubrir que las viejas paredes, en vez de estar acolchadas de material aislador, esconden una cantidad exorbitante de cheques sin cambiar, certificados de inversiones y otros documentos valiosos que valen cientos de miles de dólares. Allí se descubre que este anciano, con apariencia de pobre limosnero, era extremadamente rico.

Jesús contó una parábola de un hombre rico cuya tierra había producido una cosecha extraordinaria “y pensó dentro de sí: ‘¿Qué haré?’ porque no tengo dónde juntar mis frutos”. Y dijo: ‘Esto haré. Derribaré mis graneros, los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes. Y me diré: Muchos bienes tienes almacenados para muchos años. ¡Reposa, come, bebe y alégrate!’” (Lucas 12:16-21, NRV). En vez de ver su abundancia como bendición para otros, la usó para sus placeres egoístas. Y Dios le quitó todo.

¿Qué pasa con usted y yo? Aquí hay dos sugerencias prácticas para meditar y poner en práctica:

- Aceptemos todas las bendiciones monetarias y oportunidades personales como regalos de nuestro Padre celestial.
- Decidamos de ahora en adelante ser más generosos con la causa de Dios, la familia y los vecinos.

Distribuido por: Departamento de Mayordomía de la Asociación de Upper Columbia.

Director: Doug Johnson. **Publicadores:** Departamento de Mayordomía de la Unión del Pacífico. **Diseño/Asistente editorial:** Carol Lowe. **Traducción:** Publicaciones El Camino.

Memia del Mayordomo

Marzo, 2005
Volumen 10, #3

Proveamos para la Obra Local

por Edward W. Fargusson*



Hace como quince años compré por primera vez un programa para preparar en la computadora mi informe de impuestos anuales. Lo que más recuerdo de esa experiencia, no es el programa, sino algo más que venía en la caja. Era un cartelón de unos tres pies de ancho por cuatro de alto. Desplegaba una lista de todos los formularios del IRS (Servicio de Impuestos Internos) para ese año, con líneas que indicaban cómo cada formulario estaba vinculado a otro. Después de estudiar el cartelón por unos minutos, dije: “¡Creo que todos nos vamos a la cárcel! ¿Quién va a entender todo esto?”

El sistema de ofrendas del Antiguo Testamento compite con nuestra confusión de los impuestos. Cada uno de los libros de Exodo, Levítico y Deuteronomio contiene enormes listas de ofrendas y sacrificios que nos pueden enseñar mucho acerca del plan que Dios ha establecido para el sostenimiento de nuestras iglesias locales. Pero no se preocupen, no vamos a leer todas las ofrendas que menciona el Antiguo Testamento. Más bien, enfocaremos algunos principios extraídos de esas ofrendas.

¿No basta con mi diezmo?

Tal vez usted esté pensando: “Entregamos el diez por ciento de nuestras ganancias y eso debería ser suficiente para financiar toda la obra de la iglesia. ¿No es verdad?” La respuesta es: *Esos fondos se quedan muy cortos.* Las necesidades de la obra de Dios van mucho más allá del 10% de lo que nuestros ingresos proveen. Y como el uso del diezmo está restringido, las demás ofrendas son indispensables para mantener nuestras iglesias en situación de funcionar.



La mayordomía es un estilo de vida total. Abarca la salud, el tiempo, los talentos, el ambiente, las relaciones, la *espiritualidad* y las *finanzas*.

¿Cuánto desea Dios que demos? Los cuatro principios siguientes deberían ayudarnos a determinarlo. Si los practicamos, habrá todo lo necesario para el mantenimiento completo de nuestras iglesias.

1 No todas las ofrendas son “voluntarias”

1 Cuando Dios habló mediante el profeta Malaquías, dijo: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me estáis robando. Y preguntáis: ‘¿Qué te estamos robando?’ Los diezmos y las ofrendas” (Malaquías 3:8 NRV). Notemos cómo Dios incluye las ofrendas entre los fondos que los israelitas le estaban robando. Elena de White lo señala al decir: “Las contribuciones que se les exigían a los hebreos para fines religiosos y de caridad representaban por lo menos la cuarta parte de su renta o entradas” (*Patriarcas y Profetas*, pág. 566). En el Antiguo Testamento a veces Dios pide ofrendas realmente voluntarias; sin embargo, no debemos ignorar que además del 10% de nuestros ingresos, hay ofrendas obligatorias que debemos dar. De hecho, a veces se requerían diezmos duplicados y triplicados. El sistema del Santuario que Dios estableció, necesitaba muchas ofrendas para alojar y alimentar a todos los diversos obreros, así como para sufragar los gastos de su funcionamiento.



2 La dadivosidad se basa en la bendición y no en la necesidad

2 Se nos ha enseñado a ser dadores en base a la necesidad. Hasta las instituciones seculares piden nuestro apoyo basadas en las necesidades. Sin embargo, Dios quiere que demos en respuesta a sus bendiciones. “El principio fijado por Cristo es que nuestras ofrendas a Dios han de ser proporcionales a la luz y a los privilegios disfrutados. . . A medida que nuestras bendiciones y nuestros privilegios aumentan, y sobre todo al tener presente el sacrificio sin par del glorioso Hijo de Dios, ¿no debiera expresarse nuestra gratitud en donativos más abundantes para comunicar a otros el mensaje de la salvación? (*Id.* pág. 568).

Este es un punto muy importante, ya que muchos proyectos del presupuesto de la iglesia no son muy atractivos. Nos gusta dar para actividades que generan bautismos o nuevos edificios; o por lo menos algunos resultados que se puedan medir. Dar ofrendas para pagar la cuenta de la electricidad no es muy satisfactorio para nosotros, como tampoco lo es el subsidio para la escuela de iglesia. Sin embargo, todos estos gastos son absolutamente necesarios para la continuación del ministerio. ¡No podemos hacer evangelismo sin electricidad o agua!



3 Nuestro éxito está relacionado con nuestra fe Hablando de la contribución de un 25% que se exigía de los israelitas, Elena de White dice: “Pareciera que tan ingente leva de los recursos del pueblo hubiera de empobrecerlo; pero, muy al contrario, la fiel observancia de estos reglamentos era uno de los requisitos que se les imponía para tener prosperidad” (*Id.*, pág. 566). Si reflexionamos en esta declaración, nos daremos cuenta que realmente tiene sentido lógico. Si Dios quiere que demos de acuerdo con las bendiciones que recibimos, y su iglesia necesita más fondos, por supuesto que bendecirá más a su pueblo para que pueda dar más.

4 Deberíamos dar más que los israelitas

4 De nuevo, el libro *Patriarcas y profetas* dice: “En tiempos de Israel se necesitaban los diezmos y las ofrendas voluntarias para cumplir los ritos del servicio divino. ¿Debiera el pueblo de Dios dar menos hoy? . . . A medida que se amplía la obra del Evangelio, exige para sostenerse mayores recursos que los que se necesitaban anteriormente; y este hecho hace que la ley de los diezmos y las ofrendas sea aun más urgentemente necesaria hoy día que bajo la economía hebrea” (*Id.* pág. 568). La cuarta parte de nuestros ingresos podría parecer imposible, pero no olvidemos el Principio No. 3.

Conclusión

Deseo desafiar a mis hermanos a probar al Señor en esto y “ver si no abro las ventanas del cielo, y vacío sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10 NRV).

* Edward W. Fergusson es asociado del presidente de la Asociación del Norte de California. Vive en Sacramento con su esposa Anne y sus hijos gemelos, Joseph y Michael, que están en su último año en la Academia Adventista de Sacramento.

** Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, <http://www.whiteestate.org/books/pp/pp50.html>

“. . . vosotros, la nación toda, me estáis robando. Traed el diezmo íntegro al templo, y haya alimento en mi casa. Y probadme en esto —dice el Señor Todopoderoso—, a ver si no os abro las ventanas del cielo, y vacío sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:9, 10, NRV).